

# *Fabio*



*Fabio  
McNamara*

*Mario  
Vaquerizo*

  
ESPASA

# Fabiografía

Fabio  
McNamara

Mario  
Vaquerizo

ESPASA

© Mario Vaquerizo Caro, 2014

© Espasa Libros S. L. U., 2014

Imagen y diseño de cubierta: Juan Gatti

Ilustraciones de interior: Alberto Sánchez, Pablo Pérez-Mínguez, José Sainz, Pierre Alain de Oliveira, [www.pedrolaguna.com](http://www.pedrolaguna.com), Txema Ormazábal, Álvaro Villarrubia, Francisco Javier Arcenillas, Juan Gatti y archivo personal del autor.

Maquillaje y peluquería: Juan Bautista Cucarella.

Depósito Legal: B. 5.376-2014

ISBN: 978-84-670-3649-7

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)

[www.planetadeloslibros.com](http://www.planetadeloslibros.com)

Impreso en España/*Printed in Spain*

Impresión: Unigraf, S. L.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

Espasa Libros, S. L. U.  
Avda. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona

# ÍNDICE

FABIO .....	9
1. CIUDAD PEGASO .....	15
2. EL CAPI, EL GLAM Y EL GAY POWER .....	32
3. IBIZA Y EL GURU .....	43
4. TINO GRAN CASAL .....	53
5. CASA COSTUS Y «EL CHOCHONISMO ILUSTRADO» .....	68
6. LOS PEGAMOIDES .....	111
7. LAS AMIGAS, LAS CASAS, LAS MOVIDAS... ..	123
8. ALMODÓVAR Y McNAMARA .....	139
9. BERNARDO BONEZZI, LAS PELÍCULAS CASERAS Y EL FABIO-VOCABULARIO .....	170
10. LA CALLE HERMOSILLA Y MUCHO DROGUERÍO. LUIS MIGUÉLEZ, FANNY Y LOS +, Y MUCHO KILLERÍO .....	186

11. <i>ELOISE</i> , TIFANNY'S Y TIFANNYTI'S .....	206
12. «A TUTTI PLAINS» .....	225
13. «ROCKSTATION», EL ÉXITO Y MI CONVERSIÓN .....	243
COLORÍN COLORADO .....	259

# 1

## CIUDAD PEGASO

Nací el 8 de enero de 1957, el mismo día que Elvis Presley y David Bowie, lo dos reyes del rock, pero veintidós y diez años más tarde, respectivamente, y no en Tupelo ni Londres como ellos, sino en Madrid. Y mi infancia no transcurrió en esa ciudad del Misisipi ni en Brixton, sino en el barrio de Ciudad Pegaso, que era muy moderno para esa época. Allí viví hasta los diecisiete años con mis padres.

De los primeros recuerdos que me vienen a la cabeza tengo imágenes de mi casa llena de copas, de trofeos. Mi padre, Urbano, era pelotari vasco y jugaba a pala y a mano. Y ganaba muchas competiciones, así que mi casa era como una tienda de premios deportivos.

También me acuerdo de estar rezando el rosario con mi madre, junto con mis hermanos Crucita e Ignacio, el pequeño —que supongo no se enteraría mucho porque no tendría más de tres años—. Yo entonces debía de tener unos siete u ocho. Y es que ella nos hacía rezar todos los días, y, por supuesto, de rodillas. Para mí era lo más natural, no lo veía como una impo-

sición, era como «pues, venga, a rezar el rosario». Nos rezaba unas letanías en latín y nos leía capítulos de la Biblia. El que más recuerdo es el de los hermanos Macabeos. Era la época del reinado de Antíoco Epífanes; este rey torturó a todos los hermanos —a los siete— para que adorasen a dioses extraños y renegasen de la religión verdadera. Como se negaron, los metió en una olla con aceite hirviendo. «Qué fuerte», pensaba yo.

Ciudad Pegaso, mi barrio, fue un lugar muy raro y total en la España de los años sesenta. En aquella época para ir al centro había que coger un autobús que te llevaba, pero no vivías en el centro-centro. También había un tranvía y todo estaba rodeado de campo..., de campo que eran trigales, que eran cultivos, pero, bueno, campo al fin y al cabo; pero a la vez era urbano, porque era un pueblo industrial, con las fábricas de los bolígrafos Bic, la Mercedes Benz y Cinzano alrededor.

Estaba asociado a una empresa de autocamiones, o algo así. Se llamaba Enasa: Empresa Nacional de Autocamiones. Entonces, todo el mundo que vivía allí —después la gente ha ido vendiendo las casas— trabajaba en Pegaso. De hecho, de aquí salían autobuses que se llenaban de obreros que iban todos los días a trabajar a la fábrica.

Está por la carretera de Barcelona, pero en la autopista de Barajas, más próximo a San Fernando. Al regreso del trabajo, los autocares dejaban a los obreros de vuelta en la autopista y alrededor de las tres de la tarde o así era como una fila de hormigas con todos ellos dirigiéndose a sus casas.

San Cristóbal es el patrón de los automovilistas y chóferes. Cuando entrabas a Pegaso lo primero que te encontrabas era una estatua de san Cristóbal con un bastón —aún sigue, pero ya sin el bastón. Se ve que se lo han quitado—.

Las avenidas más importantes eran la Quinta —siempre paseé por la Quinta Avenida, no por la de Nueva York, pero sí por la de Ciudad Pegaso— y la Segunda, y alrededor estaban el resto de calles que tenían de nombre un número. Entre la Tercera y la Cuarta no hay casas, ya que allí estaba, y sigue estando, la iglesia, la parroquia. También teníamos un cine enorme —hoy convertido en centro para los mayores de la tercera edad—. Era un barrio obrero en el que había de todo.

Todo estaba jerarquizado y, según el cargo que tuvieras en la fábrica, se tenía un tipo de casa u otro. Porque allí convivían obreros, ingenieros, jefes y jefazos. Los del rango inferior, los obreros puros y duros, los de la cadena de montaje, vivían en los bloques más modestos. A los de mandos intermedios, como mi padre, nos correspondía una especie de chalés adosados, no unifamiliares. Eran de dos alturas unidos de cuatro en cuatro con jardín propio, tipo primero derecha, primero izquierda, bajo derecha y bajo izquierda. Los jefazos, los del mando superior, vivían más arriba, un poco alejados del resto, en unas casas más que lujosas para la época, con dos plantas, individuales, plazas de garaje y jardinazo. Tenían, además, piscina particular, que se llamaba la Residencia, tipo club. También tenían casa en el mismo barrio los profesores del colegio.

Yo vivía en la calle Cuatro, número 2, bajo derecha. La casa tenía un gran jardín —una vez mi padre puso ahí una mesa de pimpón— con un pino altísimo, que mis amigos y yo escalábamos hasta arriba, hasta la copa, y nuestras madres venga a regañarnos.

Fuimos niños muy corrientes, es decir, que nos dedicábamos a jugar a las tonterías a las que juegas cuando eres pequeño. Lo típico: el escondite, a matar pájaros con la carabina, coger arañas, a cazar lagartijas, romper botellas en el campo con piedras, escalar montañas... Cosas de esas. También nos

daba por jugar a las canicas, que enseguida dejamos por las chapas, el hinque, cuando era invierno y había barro en la calle, la peonza, la dola... En fin, lo de esa época.

Mi pandilla no era solo de chicos. Estaban Pepe, Mariaje, Francisco —al que llamábamos el Piojo—, Juanjo, Paloma, Juancho, Porfi, Urce, Luismi, Pocho, y otros que se fueron pegando a nosotros como Aris y Silvestre. También me acuerdo mucho de jugar con mi primo Javi, que vivía en el chalé de arriba, y con Tito, que era vecino de enfrente, en la calle Cinco, y que fueron mis mejores amigos.

Mi colegio fue el Nacional Ciudad Pegaso. Mi primer día de clase fue como el de todos; lo típico, vamos. Yo llorando a todo meter y mi madre llevándome a la fuerza. Me pareció un auténtico horror. ¡Yo que estaba siempre en casa bordando! Eso era algo que hacía mucho de pequeño, no tendría más de cinco años —es que he sido muy precoz—. Cogía a mi madre un bastidor, le ponía un trapo, y venga a meter y a sacar la aguja. También me acuerdo de que me ponía sus zapatos; eran esos con taconazos que estaban muy de moda en los sesenta, tendría unos cinco o seis pares y yo se los cogía y empezaba a taconear por toda la casa. Era lo que más me gustaba. Nunca me regañaban, al fin y al cabo, tenía cinco años.

En los primeros cursos, cuando parvulitos, todos íbamos con babi, aunque ninguno con las uñas pintadas de rojo como yo. El colegio, para la época, tenía muy buenas instalaciones; desde un frontón, donde jugábamos a canchas de baloncesto, hasta un campo de fútbol, que a mí nunca me interesó, la verdad.

Allí íbamos andando subiendo una rampa. Había un desnivel porque por debajo estaba una vía —que hoy ya no está—, donde pasaba un tren para llevar, creo, gasolina al aeropuerto.

Los niños también parecíamos hormiguitas a la salida y a la entrada. Éramos muchísimos. Por la mañana, al subir, como

que no íbamos muy contentos, pero la bajada, era un escándalo, corriendo, lanzando las carteras. Lo que sí hacíamos era meternos mucho con las chicas. Les tirábamos cosas, o unos frutos que se llaman arrancamños, o algo así, y también bolas de pica pica y ya, lo más más de lo más era tirar con goma a darles en las piernas o en el culo.

Mi infancia se pasó así, jugando, gamberreando y estudiando lo que quería. Con mis amigos no hablaba de los estudios. Nuestra única pretensión era pasarlo bien.

Lo que ahora se llama Parque de El Capricho, en el distrito de Barajas, antes era un olivar y nos servía como campo de juegos. Los dueños eran los duques de Osuna —según dicen incluso vivió Goya allí— y después pasó a ser del Ayuntamiento de Madrid. Tenía una especie de palacete y nos colábamos para pescar ciprinos dorados. También íbamos al Motocine Barajas, como se llamó en su momento, a la altura de la Alameda de Osuna. Lo abrieron hacia 1959, como para hacerse las modernas e imitar la *american way of life*, pero duró poco. Tenía aforo para mogollón de coches, tipo 600, pero nosotros nunca lo conocimos abierto. Pero sí que íbamos allí con las bicicletas —todo el día estábamos subidos a ellas—. Más tarde hacíamos «excursiones» para escalar la pantalla —que era inmensa—, eso por no hablar de cuando nos metíamos por una especie de alcantarillado que había por allí, que directamente eran las cloacas.

Donde sí iba a ver películas con mis amigos era al cine de Ciudad Pegaso. Recuerdo que una de las que más me impactaron fue *El milagro de Anna Sullivan*, que trata de una niña ciega sordomuda, salvaje y rebelde, que para poder educarla contratan a una institutriz, también ciega. También vi allí *Del rosa al amarillo*, de Manuel Summers, y *Los cañones de Navarone*, y del grupo de música Los Bravos recuerdo una en la que

iban vestidos como de chinos y una de los Beatles —la de *Help!*—; y las típicas de la época de Drácula y Fu Manchú, tipo serie B, que eran lo más.

No éramos muy malos, pero me acuerdo de que nos gustaba fastidiar al conductor del tranvía, de solo una vía —creo que era el número 77, el último en desaparecer junto con el 70, en todo Madrid, y que nos llevaba a Ciudad Lineal—.

Ahora que lo pienso nuestra infancia fue total, muy diferente a la de la mayoría de los niños de la época. Y es que en Ciudad Pegaso había hasta piscina, que era inmensa, un escándalo de grande y allí nos pasábamos los veranos. Siempre estaba el típico rollo de empujarnos unos a otros: cuando me tocaba ser la víctima me tiraba yo directamente y así me dejaban en paz. Eso sí, íbamos muy a la moda con los bañadores tipo *slip*.

Jamás me aburría en esa primera infancia. Estábamos al límite de la gamberrada, pero sin llegar a desfasar. Una típica broma la hacíamos, por ejemplo, el día de los Santos Inocentes, y consistía en dejar en la entrada de las casas de los vecinos un bote lleno de agua, o de pis, amarrado a la puerta, y al abrirla, este se derramaba entero. Esas cosas de niños.

Me enrollaba con todo el mundo y no tenía problemas con nadie. Era extrovertido y, a pesar de mi tartamudez, no era tímido. También es cierto que el tartamudeo ha ido a más; es más, he llegado a la conclusión de que es una cosa del coco. Según esté mi estado de ánimo así hablo. Si yo hablo solo no me trabo, pero si hay más gente o me están prestando atención, la cosa se complica. En mis primeros años no me acomplejaba, aunque después me he dado cuenta de que soy más tímido de lo que yo mismo creía y de lo que piensa todo el mundo. Algo de timidez hay en mí, y hasta incluso llegas a refugiarte en el rollo de las drogas como para sentirte más desinhibido.

En mi casa el ambiente era agradable. Mi padre es de Soria y mi madre, Mari Cruz, de Burgos. Se conocieron en la fábrica porque trabajaban juntos. Ella como secretaria y él como perito de la empresa. Siempre me llevé bien con los dos, con mi madre más —porque me defendía—, y mi padre, como es natural, era más duro. Mi madre era muy moderna, muy guapa, y llevaba unos moños divinos. Ella siempre ha sido muy original; cuando llegaba el día de Domingo de Ramos decía que en Medina se estilaba otra cosa, y a la rama le ponía colgados pastelitos, rosquillas, caramelos y me lo hacía llevar a misa. Yo iba muerto de la vergüenza. A mi padre le recuerdo cantando jotas a todo meter en el jardín de casa y yo otra vez muerto de la vergüenza, hasta que me acostumbré. Y es que mi padre tocaba la guitarra porque le gustaba mucho Peret.

A mis hermanos les traía por la calle de la amargura. Pegaba mucho a Crucita —luego mi padre hacía lo mismo conmigo propinándome unos tortazos con la mano de pelotari que para qué contar— y le decía «qué tonta eres», y de mi hermano me reía. Dormíamos juntos en la misma habitación y por las noches, cuando estaban a punto de quedarse dormidos, les asustaba diciéndoles que era el demonio que venía a por ellos. Luego, cuando pusieron en la tele la serie *Historias para no dormir*, de Chicho Ibáñez Serrador, me acuerdo de ponerme algo por encima y asustarles como si fuera un fantasma. Yo era tan raro que hasta salía a la calle tapado con una sábana para asustar a los vecinos.

La educación que recibí en mi casa fue buena —pues eso, católica— y luego la que yo me quise dar a mí mismo. Insistían en que estudiase, en que fuera al colegio, y si era de curas mucho mejor. Pero a mí no me gustaba nada estudiar y siempre suspendía matemáticas. Y ellos poniéndome un profesor par-

ticular. En todas las asignaturas sacaba cincos —menos en religión, que sacaba un poco más de nota, un seis o así—, porque como ya era muy cuco como que no estudiaba, y hacía los deberes justos y nada más. Eso de llegar a casa y ponerme a estudiar para nada. Es más, el mismo día del examen me levantaba dos horas antes y me lo estudiaba todo deprisa y corriendo para aprobar. Lo mismo hacía en clase, que me limitaba a parecer que estaba muy atento para que luego me aprobasen, me sentaba en la última fila para controlarlo todo y que no me vieran a mí. Siempre pasaba por los pelos, pero, vamos, que me saqué el graduado escolar. No sé si se llamaba así entonces, porque yo estudié antes de que pusieran la EGB, que es más de los setenta.

Mi primera comunión la hice en mayo de 1965, en la parroquia de Ciudad Pegaso. Iba vestido de fraile y me daba como mucha vergüenza, además me daba mucho mal rollo tener que confesarme porque había tocado el culo a alguna chica y cosas de ese tipo. Yo pensaba: «Qué corte que tenga que contar esto». Lo bueno de aquel día es que un tío, hermano de mi padre y capellán castrense, me regaló un tocadiscos —hasta entonces solo escuchaba música en la radio que teníamos en casa; me pasaba el día escuchándola, captando todo tipo de música; de ahí que tenga tanto oído— y también me obsequiaron con un reloj.

Cuando nos daban vacaciones toda la familia solíamos ir unos días a Soria capital con mis abuelos, los padres de mi padre, y luego nos íbamos a un pueblo de Burgos que se llama Medina; allí estábamos más tiempo. En esos viajes mi madre no paraba de cantar típicas canciones vascas. Viajábamos en el 600 de mi padre, luego ya pasamos al Simca. Antes de que naciera mi hermano pequeño también tuvo una moto, una BSA, y en ella nos llevaba a mi madre, a mi hermana y a mí a

la piscina de Ciudad Pegaso. Era muy divertido, muy fuerte aquello.

Empecé lo que se llamaba bachiller en 1967. Lo hice en el mismo colegio de Ciudad Pegaso. En el primer curso me quedaron las matemáticas, pero en septiembre las aprobé con un nueve. El segundo curso también lo hice aquí y suspendí francés —lo que se llamaba antes idioma moderno—, pero también lo aprobé luego.

Para los dos cursos siguientes mis padres decidieron mandarme al colegio Padre Claret —entonces solo de chicos, ahora es mixto—, en la calle Corazón de María 1, aunque yo lo que de verdad quería era ir a un instituto público. Allí hice lo que antes se llamaba tercer y cuarto grado elemental. Este colegio está al lado de lo que luego sería Rock-Ola, enfrente de Torres Blancas.

Las asignaturas eran religión, latín, lengua y literatura española, geografía e historia, matemáticas —por cierto, llevaba suspendidas las de segundo curso y las aprobé con un seis—, física y química, francés, educación física, formación manual y una que se llamaba algo así como formación del espíritu nacional. Aparte de las asignaturas teníamos misa los viernes. Y había que ir sí o sí. Mi último año, el curso 1970-1971, lo aprobé todo con cincos en junio.

Aquí me hice amigo de unos chicos que eran muy malos; uno de ellos, Amador Mohedano, el hermano de Rocío Jurado —que era guapísimo—; y el otro se llamaba Carlos Mejías Marín, que según me han dicho se hizo director de cine. Éramos tres piezas de cuidado, no parábamos de reírnos y de hacer gracias. Había un sacerdote, creo recordar, encargado de la disciplina, que se llamaba padre Bauselas. Todos le tenía-

mos miedo, porque nos echaba constantemente de misa obligándonos a confesarnos. A pesar de todas las gamberradas nunca fui maleducado ni de malos rollos. Eso sí, como el colegio no tenía uniforme, yo ya empezaba a dar el cante con mis modelos.

El colegio estaba fuera de Ciudad Pegaso, y para ir y venir cogía, junto a otra gente del barrio, la línea de autobús P-4. Era un trayecto de unos cinco o seis kilómetros. Salíamos a la autopista de Barajas, la Nacional II, cruzábamos y cogíamos el autobús que iba a avenida de América. Muchas veces hacía autoestop en una salida del aeropuerto y así me ahorraba el autobús y tenía algo más de pelas para mí. Allí me ponía yo, como a las ocho y media, para poder estar en clase a las nueve. Un día de los que estaba haciendo dedo pasó por delante de mí un Rolls-Royce, de esos antiguos, como el de la reina de Inglaterra y me paró. Yo creo que era de Franco o de alguien así, porque en esa época no era muy normal encontrarte con semejante carro. Solo iba el chófer, ahí delante conduciendo, y me preguntó:

—¿Adónde vas?

—Pues a la avenida de América —le dije.

Yo tendría entonces entre doce y catorce años, la edad de la pubertad y creo que fue en este momento, en plena preadolescencia, cuando empecé a querer descubrir más cosas. Por ejemplo, la música. Me encantaba ponerla a todo volumen y bailar en el jardín; mi padre no paraba de regañarme, pero para mí lo más era bailar las canciones que me gustaban. Eso le sacaba de quicio, como el día que en un bar de Laredo, en la playa, vi a Massiel. Y yo todo el rato:

—Ahí está Massiel, es lo más.

Era la época en la que había ganado Eurovisión y era superfamosa.

En el tocadiscos que me había regalado mi tío escuchaba con mis amigos toda clase de música; tengo que confesar que a veces ponía a Raphael, lo imitaba en plan risa, por eso del histrionismo más que otra cosa. También escuchábamos a los Barclay James Harvest, a los Soft Machine, a los Birds, a King Crimson, a Atomic Rooster y a los Creedence. No sé si era con el coñac Fundador que compraba mi padre, pero con la bebida regalaban *singles* y gracias a esto también descubrí nuevos cantantes y nuevas canciones.

El primer disco que me compré fue *Jumpin Jack Flash*, de los Rolling Stones, y el segundo, uno de los Beatles, *Strawberry fields forever*, aunque ahora que lo pienso no entiendo por qué lo hice, porque no me gustaban nada. También de Led Zeppe-lin, Cactus, Mountain, Focus, Deep Purple o Nazareth, y cosas de Wallace Collection y Jefferson Airplane. Estos eran de los míos, y pasaba por completo del pop español y lo yeyé. Desde siempre escuché más música americana e inglesa. Así de españoles tenía cosas de Smash, que eran los del «hay garrotín hay garrotán» o Máquina!, un grupo catalán de rock progresivo. Los discos más comerciales los compraba en El Corte Inglés, y los más raros, en el Rastro.

Según iban pasando los años e iba conociendo más música, más cuenta me daba de que me sentía diferente de mis compañeros. Sentía que lo mío no iba por ahí, y además empezaba a notar que me gustaba «lo otro» y lo otro no era bueno.

Una de las primeras revelaciones llegó cuando descubrí a Jimi Hendrix. Con doce años conseguí el *Electric Ladyland*, su mejor disco. Creo que era con portada doble donde salían Mitch Mitchell y Noel Redding, todos muy afro. Así que cuando los vi a los tres me dije: «Esta es la mía. A mí lo que me gusta es un buen afro» y me dejé el pelo largo y todas las mañanas antes de ir a clase me lo cardaba y aparecía así en el instituto.

Por entonces mi físico era normal. Sí que tenía dientes, que ya no tengo; tenía una dentadura superbuena, casi dientes de conejo y un pelo muy rizado. Yo estaba negro porque me daba mucha rabia tenerlo así. Era delgadito, aunque tenía el complejo de culo gordo; claro que veía a la Bowie y a Roxy Music, todas ahí superdelgadas y yo al ser un niño como normal, pues me veía con un culo inmenso. Además, también me sentía bajito; aún no me había desarrollado del todo y lo que hacía era ponerme tacos de periódicos doblados en las botas para parecer más alto. Cuando tenía quince años ya estaba el glam y me podía poner un tacón que era un escándalo para mis padres, pero se lo tenían que tragar. Esa era la época en la que te quieres parecer a tus ídolos y comprarte los pantalones ajustados, de campana y todo ese rollo. En esos años los pantalones que quería todo el mundo eran los Playboy, que llevaban el conejito bordado. Hacían un culo divino, eran de tía, pero quedaban total.

Empecé a llenar mi cuarto de pósteres de todos los grupos que me gustaban, de Aerosmith y de la Alice Cooper. Recuerdo uno en el que salían vestidos de *cowboys* y Alice Cooper con una serpiente enrollada, todo supermaquillado. Me parecía lo más. También tenía otro de Roxy Music, de su primer elepé, donde salen con plumas, como con tocados, y apliques en la ropa, y uno de ellos con un mono celeste que era total. Y otro de la Bowie con un pañuelo al cuello, un parche, un peto rojo y la guitarra.

Todos los conseguía en *Popular 1*, revista muy moderna para entonces y que era la única publicación musical, junto a *Disco Expres* —anterior a esta, pero que también estaba muy bien— que valía la pena. Aunque el mayor flash fue el programa de radio *Musicolandia*, que se emitía por Radio Centro, y que lo dirigía y presentaba el Mariskal Romero. Aquí escuchaba lo último en rock internacional. Era por las noches, de doce

a doce y media de la madrugada, y ahí descubrí lo más de lo más. Muchos viernes quedábamos la pandilla en una explanada —que llamábamos «el verde»—, alrededor de la fábrica Mercedes, y con la radio escuchábamos el programa mientras bebíamos. Así pasábamos la noche.

Después de los dos cursos en el colegio Padre Claret me matriculé en el instituto público Gómez-Moreno, que estaba entre Canillejas y San Blas. Aquí estuve tres años. Seguía en mi línea habitual: aprobar por los pelos y estudiar en el último momento. Daba latín y griego, y educación física y deportiva siempre me quedaba. Y es que ni me presenté a la recuperación y me quedó pendiente para sexto curso. En 1973 acabé con todo aprobado menos formación del espíritu nacional, que luego recuperé con un siete.

En el barrio había varios hippies. Uno de ellos vivía enfrente de mi casa; era una moderna, en el mejor sentido de la palabra, o sea, que no era nada hipitrusca. Iba mucho a Londres y diría que hasta traía tripis de allí. Manejaba pasta y los abrigos que llevaba eran lo más, de esos largos de borrego o de pelo afgano. Muchas veces aparecía con un Rolls blanco y siempre iba acompañado de unas tías increíbles, modelos como muy divinas. Y claro, yo no podía dejar de mirarlos.

Eran mayores que nosotros y a mí me llamaban la atención, pero nuestras madres nos decían que no nos juntásemos con ellos. Eran como demasiado adelantados para nosotros. Era un show verlos. Uno de ellos puso la primera academia de inglés, en una época en la que nadie estudiaba inglés. Había otros dos que eran hermanos, creo, los hermanos Cano. Uno de ellos murió. Esos eran el Sebas y el Niño. Y es que antes no había hippies por

ningún lado; solo los podías ver en televisión, pero en Pegaso ya estaban ellas, y nosotros tratábamos de imitarlos. Eran lo más de lo más, traían porros, pero para todo el grupo eso era algo que estaba prohibidísimo. Lo de las drogas empezaría más tarde.

Yo seguía yendo al instituto y en 1974 hice mi último curso, el equivalente a COU. Aquí tuve que elegir optativas, y fueron geología, biología y expresiones artísticas. Para esta última solo éramos tres alumnos; los tres, amigos del barrio. Era solo pintar, además la profesora nos llevaba a las subastas Durán y cosas de este tipo. Como estas asignaturas me gustaban como que saqué mejores notas, notable y así.

Sin embargo, este es el momento en el que decido dejar los estudios, y aunque me apunté a la academia de dibujo Peña —que estaba en la plaza Mayor, creo que en el número 1— para prepararme el examen y poder ir a la universidad, a Bellas Artes, yo que nunca he sido tonto, vi que sería muy difícil aprobarlo, y tampoco era plan tener a mis padres pagando un dinerito. Así que dejé todo. También estaba ya en el rollo de los tacones e iba por otro lado.

Lo de escribir, como era algo que asociaba al colegio, a las redacciones y a los comentarios que nos mandaban hacer, pues pasaba bastante. Sí es verdad que tenía como cierta facilidad para la poesía, pero, vamos, que empezaba y enseguida lo dejaba.

Sin embargo, con la pintura era distinto. Esto sí que me gustaba de verdad, y desde bien pequeño. Ya con trece años iba muchas veces solo al Prado, y el surrealismo me encantaba. A mí siempre me gustó Dalí, era lo más, un ídolo. Cuando salía

por la tele diciendo aquello de «a mí me gusta la mosca rumana, no la española, porque tenía el ácido ribonucleico..., y yo con mis cincuenta chavales y con mi oso hormiguero soy divino», pensaba: «Esto es lo más». Me compraba sus libros y alucinaba, claro.

El programa *Galería* de Televisión Española, que presentaba Paloma Chamorro, me influyó mucho, me encantaba todo lo que allí salía, incluido Dalí. Así que viendo todo aquello me dije: «Yo quiero ser pintor».

Me acuerdo también de que iba a Galería Preciados y compraba unos folios para pintar, bueno, en realidad compraba uno y mangaba otro, y lo mismo hacía con los pinceles y los tubos de óleo. También pintaba sobre tablas cutres que me encontraba en la calle. Cualquiera cosa valía. Empecé a comprarme libritos para aprender a dibujar bodegones, y estos fueron mis comienzos. Al principio eran cosas como muy psicodélicas, con mucho color, tipo planetas y galaxias.

Ya más metido en el tema, lo siguiente fue decirles a mis padres que me compraran un caballete, y lo hicieron, y seguidamente me regalaron una caja con la maleta de colores y todo. Ellos siempre se han portado bien conmigo, no se oponían a mis inquietudes, aunque menudo era yo, ¡como para abortarme a mí algo! Y no es que fuera un niño caprichoso, pero lo que quería, lo conseguía.

La música, por supuesto, seguía ahí y me interesaba un montón. Fue un shock escuchar el primer disco de Frank Zappa. Una vez metí a mis amigos en mi habitación y, mientras escuchábamos el disco, les iba recitando historias que me inventaba, como una especie de viajes astrales y misas oscuras que se

me ocurrían. Todos se partían de risa. Me atraían mucho los cementerios y quería ir allí con mis amigos, pero pasaban total; normal. Me interesaba también la magia, la psicología, leía mucho a Freud... Ya se ve que yo he estado siempre un poquito loco. Alucinaba con todo lo que fuera diferente. Y además de escuchar mis discos de rock, me encantaba oír una música que realmente era muy rara, pero me parecía total. Me refiero a la dodecafónica contemporánea. Estaban Tomás Marco y Cristóbal Halffter. Me la ponía en mi cuarto con las persianas bajadas, todo a oscuras, y a alucinar yo solo.

Pero esto no significaba que dejara de ver a la gente del barrio. Las fiestas de San Cristóbal, que se celebran en el mes de julio, estaban bien. Una vez vinieron a actuar el grupo prog y de sátira Desde Santurce a Bilbao Blues Band, donde estaba el Moncho Alpuente. Dijeron que subiéramos al escenario a hacer coros —o lo que quisiéramos— y, claro, allí que me subí con mi amiga Loli. Estábamos en ese rollo de juventud y tal, y lo siguiente que hicimos fue pedir prestado un local de la parroquia para hacer nuestro propio club. Para ello tuvimos que hablar con el cura y él nos lo cedió, pero con una condición: teníamos que ser chicos y chicas. Así que tuvimos que buscar compañía femenina. No era la única condición. La otra cosa que nos pedían era ir a catecumenado, que era como asistir a las charlas que te daba el sacerdote o los seminaristas. A cambio nosotros no pagábamos nada y manteníamos el local. Y si hacía frío nos metíamos allí y poníamos música.

Fue entonces también cuando cogí una guitarra de mi padre y la pinté de colores, aunque jamás me propuse aprender a tocarla. Lo que sí tocaba, incluso por la nariz para hacer el tonto, era la flauta —tenía dos—. Las llevaba a muchos sitios un poco influenciado por Ian Anderson, de Jethro Tull. Des-

pués formamos un grupo de teatro progresivo que no duró más de quince días. Queríamos representar *El flautista de Hamelín*. Yo era el flautista, claro, por eso de que sabía tocar.

Coincidió esa época con la primera vez que vi Els Joglars —me hizo mucha ilusión—. Fue en el Pequeño Cine Estudio de la calle Magallanes, donde se representaba teatro experimental, teatro de lo absurdo. Allí vimos obras como la de *Mary Doux*, que eran increíbles, y como queríamos hacer lo mismo escogimos una adaptación del cuento. También nos gustaba el cine alemán que proyectaban en la Filmoteca de la calle Infantas, que en realidad era un coñazo, con imágenes muy raras y sin hablar, pero como era *underground*, procedía y nos tenía que gustar.

Y entonces apareció en mi vida Miguel Ángel Arenas, la Capi. A mis amigos y a mí nos hizo mucha gracia lo descarada —«Ay, qué buena estás», les decía a algunos de ellos—, lo fresca y lo divertido que era. Desde el primer momento conectamos y nos hicimos como hermanas.

Con los amigos de siempre me lo seguía pasando muy bien, y aunque la Capi salía y se enrollaba con nosotros, ya comencé a separarme de ellos. Me empezaban a interesar otras cosas, era mucho más que el fútbol y las tías, era el surrealismo, lo diferente y lo que se saliera de lo establecido. No lo sabía entonces, pero ya me sentía artista.